

pasada no tiene punto de comparacion con su grandeza presente, como no puede haberla entre lo que es perecedero y lo que permanece siempre, como no puede haberla entre la luz y las tinieblas. Empero, no es elevado el hombre á formar parte de la Iglesia docente para rodearse de comodidades y pasar una vida muelle é infecunda. El sacerdote debe cultivar las ciencias para no asemejarse á un centinela dormido, y debe practicar las virtudes, por ser el espejo en que se han de mirar los fieles: ha de aparecer en el mundo, no para destruir, sino para edificar: mezclarse con los hombres cuando la caridad le llame, y apartarse de ellos cuando la prudencia lo exija: debe ser la providencia del desvalido, el padre de los huérfanos, el guia de los sencillos y el maestro de los que ignoran; en una palabra, un operario incansable de la viña de JESUCRISTO, dispuesto siempre á sacrificarse por sus hermanos, á la manera que el Salvador del mundo se sacrificó por toda la humanidad.

Tal fue el sacerdote Mastai, al que vamos á observar, siguiendo el hilo de la historia de su vida, buscando sus delicias entre los huérfanos á quienes instruye en la doctrina de la Iglesia; entre los pobres cuyas necesidades remedia en cuanto es posible, siendo visto ya á la cabecera de los moribundos para exhortarlos al arrepentimiento, abriéndoles las puertas de los cielos, ya en el púlpito tronando contra los vicios; ora en el confesonario dirigiendo las almas por las sendas de la bienaventuranza, ó bien al pié de los altares, donde se derramaba su corazon liquidado por el fuego activo de la caridad.

Tenemos ante la vista un campo dilatado: cuando lo hayamos recorrido; cuando toquemos el fin de nuestro trabajo y hayamos descrito los grandes hechos de nuestro héroe como sacerdote y como Jefe supremo de la Iglesia, reconocerá el lector que sin temeridad podria reducirse la vida del gran Pio IX á una sola línea, aplicándole unas frases que fueron escritas en elogio del Salvador del mundo: *Pertransiit benefaciendo*, pasó su vida haciendo bien.

El presbítero Mastai Ferretti no aspiró á ninguna colocacion de las ambicionadas entre el clero romano, á pesar de los títulos que tenia para distinguirse en cualquiera de los ilustres cabildos que glorifican las diversas basílicas de aquella religiosa ciudad.

Su modestia era tanta que limitó sus deseos á continuar interviniendo en el hospicio de *Tata Giovanni*; ¡modesta prebenda de la mas fácil adquisicion! El Consejo de aquel establecimiento le nombró director, llenando de satisfaccion á Pio VII, que tenia concebida la mas favorable idea de los sentimientos de caridad y de los dotes administrativos del jóven presbítero.

El contento de Mastai Ferretti llegó á su colmo; habia realizado su bello ideal; cuidar de los pobres, socorrerlos, administrar sus asuntos, extender si era posible la accion benéfica de su hospicio, tales eran sus aspiraciones.

Como un verdadero padre trataba á sus hijos, los huérfanos de *Tata Giovanni*, á cuya prosperidad consagraba todas las pensiones que de su casa recibia.

Notado ha el mundo el carácter justamente reformador de Pio IX; pues bien, los primeros ensayos de su organizador talento los hizo en la administracion de su hospicio. Empezó dando nueva extension á los estudios de los recogidos, aumentando el número de profesores y de asignaturas. *Tata Giovanni* fue pronto una escuela completa; puede decirse que de la primitiva constitucion de aquella casa el nuevo director no dejó sino las bases características; un nuevo establecimiento salió de sus manos.

Toda su existencia la consagraba á los pobres; *sus delicias eran conversar con los hijos de la indigencia*: con ellos se entretenia, con ellos se expansionaba, entre ellos abria las puertas de su corazon lleno de ternura, y los pobres le amaban.

Su solicitud consiguió la correspondencia, único premio que complace al alma benéfica.

No tardó en conseguir la mas alta autoridad moral sobre sus hijos; una palabra del nuevo *Tata Giovanni* era un decreto obedecido con la mas perfecta cordialidad.

Pio VII le demostró repetidas veces el gusto con que veia la marcha feliz que habia impreso á aquel santo albergue.

Sin embargo, el Pontífice comprendia que las eminentes cualidades del jóven director debian emplearse en un círculo mas vasto, para que fuese mayor la importancia y fecundidad de su alma privilegiada.

El elevado concepto que Pio VII se formó de su actual sucesor fue de inmenso provecho para la Iglesia universal; empero, confesémoslo, no dejó de ser una inmensa desgracia para aquel caritativo asilo.

La prudencia, la amabilidad, el atractivo, la soberanía suave, que constituian el carácter del presbítero Mastai, revelaron al Pontífice disposiciones diplomáticas no comunes.

¡Cosa particular! Pio VII supo descubrir, en el modo con que Mastai Ferretti trataba á los pobres, excelentes disposiciones para tratar con los políticos; y sin embargo la política y la pobreza son los dos polos opuestos de la vida social.

En aquellos dias habíase suscitado una cuestion delicada; una gran parte de la América acababa de declararse independiente, sacudiendo la dominacion española, que era la base del modo de ser de aquellos pueblos.

La mas radical revolucion fue llevada á éxito feliz; y como todas las revoluciones afectan en bien ó en mal los diferentes ramos de la economía de un pueblo, los intereses religiosos se sintieron afectados con la proclamacion de la independencia americana.

No debemos tratar aquí de la política desarrollada por España en el Nuevo Mundo, aunque debemos confesar que habia basado el orden religioso de la América en la unidad católica, por la que la madre patria habia combatido con denuedo siete siglos consecutivos.

La unidad católica era uno de los principios combatidos por el espíritu de independencia americana; claro es, pues, que el triunfo de la revolucion operada en la América española importaba un cambio de relaciones entre la Iglesia y el nuevo Estado (1).

Constituido ya Chile y el Perú en repúblicas independientes, húbose de tratar inmediatamente de la cuestion religiosa; necesitábanse hombres de sa-

(1) Triste es para un corazon español deber recordar las desgracias de la patria; cábenos empero la satisfaccion de poder consignar aquí en defensa del procedimiento de la España en las colonias el testimonio de un orador católico, afecto hasta al entusiasmo á los intereses é independencia de la América, su país. En su discurso sobre el aniversario de la independencia americana, dice: «No se puede afirmar que el Gobierno colonial fuera tiránico; los vi-reyes eran ministros de un rey absoluto; empero gobernaban con templanza, en la esfera de sus atribuciones, sujetos á las leyes y á una responsabilidad eficaz; la paz, la moralidad, la seguridad de las personas y de las propiedades estaban perfectamente garantidas y conservadas.» Hé ahí el testimonio de respeto rendido á la justicia de los representantes de España en la América española por uno de los mas decididos partidarios de la emancipacion de aquellos países, el Dr. D. Francisco Majesté.

ber y prudencia para trasladarse á aquel emancipado teatro, y constituir un órden eclesiástico compatible con los intereses victoriosos en lo que cabia dentro de la justicia.

El éxito de semejantes empresas depende muchas veces de la eleccion de personas para negociar.

Pio VII nombró delegado suyo á Mons. Muzi, hombre de madura edad y aprovechada experiencia, al que agregó como auditor al presbítero Mastai Ferretti.

Inexplicable fue la sorpresa de este al conocer la irrevocable resolucion del Papa; su modestia le hacia naturalmente desconfiado: por otra parte, el vínculo de amor que ya se habia establecido entre él y sus pobres convertia en verdadero sacrificio el abandono de su predilecto establecimiento.

En fin, fue preciso decidirse.

Durante algunos dias los pobres de *Tata Giovanni* observaban cierta marcada expresion de tristeza en la fisonomía de su amado director, aunque devoraba en silencio la amargura que le producía su inmensa honra.

Llegó el dia de la separacion; era ya la víspera de su partida; dejemos nosotros la pluma y cedámosla á Mr. de Saint-Hermel, que describe la escena que pasó tal cual le fue referida por uno de los pobres asilados.

«En cierta ocasion Ángel Vocacelli, maestro zapatero de Roma, me dijo señalándome á *Tata Giovanni*: «En esa casa asistí á una de las escenas mas tristes de mi vida. Era una de las mas bellas noches de verano. Siete años hacia que estaba con nosotros Mastai Ferretti, cuando fue designado para formar parte de una mision diplomática lejana; llegó la hora de dejarnos. «Nosotros lo ignorábamos, y sin embargo aquella era la hora del despido. «Todos notamos que el presbítero Mastai no abrió sus labios en toda la cena; «cuando hé ahí que dichas ya *las gracias*, y en actitud de marcharnos, nos hizo seña de permanecer en nuestros puestos. Le obedecimos con puntualidad; entonces con voz apagada nos anunció la triste nueva; *debemos separarnos*, dijo; y prorumpió en amargo llanto; un grito agudo de dolor se oyó en todos los ámbitos del refectorio; ciento veinte y dos recogidos éramos allí, grandes y pequeños; ni uno hubo que no llorara.

«Por un movimiento unánime y espontáneo todos abandonamos nuestros puestos para ir á arrojarnos á sus brazos; los que tenían algo lejano el asiento llegaron tarde. Los que estaban mas cercanos á la presidencia le habian ya rodeado: unos tenían fuertemente asidas sus manos, y se las humedecían con sus lágrimas; otros le abrazaban imprimiendo en sus pálidas mejillas el beso del mas filial cariño; otros, encaramándose á sus espaldas, tendían sobre su cuello los brazos y besaban su lengua cabellera, y los que no podían besar su mano ó su mejilla, ó abrazarse á su cuello, asian su sotana y se la rasgaban, para quedarse con un pedazo, tierna reliquia de su amor; los de mas léjos levantaban las manos, agitaban los gorros y le suplicaban con las mas conmovedoras frases que no les abandonara; que huérfanos ya una vez, se resignara á continuar siendo su padre, para que no fueran dos veces huérfanos... ¿quién nos consolará ahora? decían estos; ¿quién nos amará como vos? exclamaban aquellos.

«Nuestra desesperacion le conmovió, empero su voz embargada por el sentimiento no acertaba á pronunciar sino estas palabras: «*Hijos míos, compadecedme.*»

«En fin, haciendo un supremo esfuerzo sobre sí mismo, exclamó con agudo grito: *Jamás hubiera creído que nuestro despido fuese tan doloroso.* Y abriéndose paso por medio de nosotros se fué corriendo á su celda; en vano pretendió cerrarla; nosotros entramos como un torrente en su habitacion.

«En aquella noche nadie durmió; todos permanecimos en la habitacion del joven director, que nos instruía, aconsejaba y consolaba. Nos recomendó el trabajo y la moralidad, la sumision á los que debian sustituirle en su cargo, el amor á Dios y al prójimo, el cumplimiento de todos los deberes y la resignacion ante todos los infortunios.

«Al amanecer vimos el coche que debia llevarse á nuestro benefactor...

«Cuando el cardenal Mastai fue elevado á la silla pontificia, yo y los antiguos albergados en *Tata Giovanni* exclamamos: Hé ahí nuestro Papa, el Papa de los pobres, el Papa de los desvalidos.»

El bravo trabajador resolvió un dia visitar á su antiguo jefe del hospicio, rey ya del Vaticano; Mastai, que era Pio IX, le reconoció; habló de los buenos tiempos de su juventud, y le trató con admirable familiaridad; el Papa le dijo antes de despedirse: «¿Y bien, hijo mio, deseais poseer un recuerdo mio? «—¿Cómo no he de quererlo, Santísimo Padre?» contestó; Pio IX puso en sus manos un doblon de oro que tenia primorosamente cincelada su efigie. Ángel la besó. Entonces Ángel, con una franqueza que ningun artesano pudiera usar con otro monarca que no fuese el Papa: «Beatísimo Padre, le dijo, «este obsequio me compensa de los suaves tirones de oreja que me dábais cuando metia cierta bulla entre mis compañeros de banco en el refectorio de *Tata Giovanni.*» Pio IX sonrió agradablemente al obrero, y la audiencia terminó.

El nuevo auditor partió con el delegado Mons. Muzi; los espectáculos grandiosos del Océano interesaron su imaginacion creada para las grandes escenas.

Imposible es describir el estado en que encontraron los ánimos los representantes de la Santa Sede. La América del Sud, emancipada de repente de la tutela de España, fue teatro sangriento de las discordias mas encarnizadas entre los indígenas. La sed de gobierno se habia posesionado de todos los hombres que se creían privilegiados por el talento ó por la influencia. Las pasiones se hallaban en el período efervescente.

Delicada era la tarea de los representantes del Papa; no habiendo nada sólidamente constituido, faltaba la base para toda negociacion sólida. Además la república era muy exigente respecto á concesiones radicales y peligrosas.

Los gobernantes se entronizaban y caian con asombrosa prontitud; los congresos menudeaban, y las constituciones del Estado se reformaban apenas acordadas.

Á pesar de aquellas dificultades insuperables, y bien que fuese imposible un arreglo definitivo, el tacto, los conocimientos, el delicado proceder de Mons. Muzi y del abate Mastai consiguieron desvanecer las preocupaciones de algunos hombres de Estado influyentes en las repúblicas del Sud sobre las tendencias y las aspiraciones de la Iglesia; presentáronla como independiente de los intereses políticos y siempre dispuesta á tratar sobre bases equitativas y sólidas.

El espíritu de mansedumbre del delegado y de su auditor desarmó la preocupacion antireligiosa, y salvó por de pronto el principio del Catolicismo en el Gobierno y en las leyes fundamentales.

Nada dirémos del prestigio personal que Mastai Ferretti conquistó en aquellas regiones; su amabilidad fue proverbial luego, y las personas mas distinguidas de aquellas repúblicas tenian como á privilegiada gloria contraer con él íntimas relaciones.

Allí el jóven diplomático aprendió con perfeccion el lenguaje de Cervantes, que todavía no ha olvidado hoy; allí se enteró de las costumbres españolas que, á pesar del cambio político, se conservaban y en gran parte siguen conservándose; allí pudo ser testigo de los profundos trabajos de evangelización que nuestros mayores habian llevado á efecto; allí pudo apreciar el espíritu religioso del pueblo español, que habia marcado ante todo de indeleble manera el sello de la fe celestial en la fisonomía de aquel pueblo, su hijo; allí empezó á profesar á la España el amor que siempre por ella ha sentido, y del que tan elocuentes pruebas tenemos recibidas.

Dos años duró su residencia en la América del Sud; tiempo que aprovechó, no solo dedicándose á las tareas de su mision especial, sino tambien en la visita é inspeccion de las misiones, casas religiosas, comunidades y demás elementos de aquella iglesia.

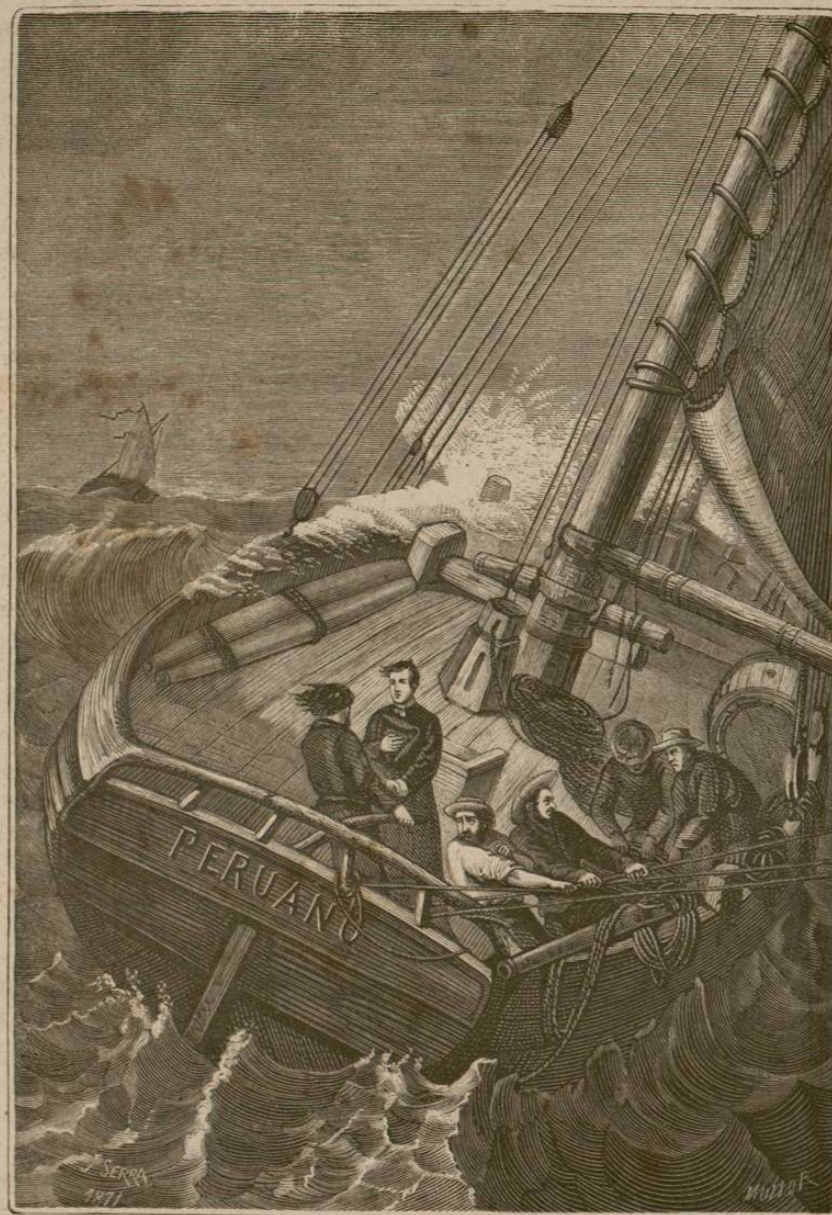
El celoso auditor se sentia vivamente inclinado á consagrar sus dias á las misiones católicas; el espíritu apostólico siempre predominó en él; empero el Señor le tenia reservado para ejercer la mas universal accion sobre el apostolado contemporáneo.

En uno de sus viajes de Valparaíso á Lima, el barco chileno en que iba Mastai Ferretti fue sorprendido por la mas violenta tempestad. El piloto inexperto se turbó, y la nave corria á estrellarse contra las próximas rocas, cuando providencialmente aparece una barca tripulada por negros, y dirigida por un tal Bako. Fue una de las muchas pruebas de la solitud del cielo para salvar la vida preciosa del que debia de ser Pontífice de la Iglesia, que continuamente está recibiendo. Bako saltó á la embarcacion casi perdida; puso su segura mano sobre el timon, y, gracias á su conocimiento de los derroteros de aquellas aguas, consiguió poner la nave al abrigo del pequeño puerto de Arica.

Aquella tempestad y aquella inesperada salvacion puede ser hoy justamente considerada como un símbolo; ¡cuántas veces Mastai Ferretti ha visto próximo el naufragio de la nave cuya direccion Dios le confió! ¡Ah! hemos dicho mal; no, el naufragio no lo ha visto jamás ni próximo, ni posible, porque hombre de fe, y mas que esto, columna y apoyo de la fe del mundo, sabe el hoy Pontífice que, á pesar de todas las apariencias de un naufragio, á la Iglesia nunca le falta—permitasenos la aplicacion—nunca le falta á la Iglesia un divino Bako que le salvó y el pequeño puerto de Arica en que cobijarse.

El distinguido auditor, que conservó en la eminencia del peligro la calma y serenidad que le son características, al verse salvado por Bako, despues de dar gracias á Dios, trató de ser generosamente agradecido con el instrumento escogido por la Providencia para salvarle. Á la mañana siguiente Bako recibió la visita del abate Mastai Ferretti en la pobre cabaña que habitaba en las orillas del mar, dejándole como testimonio de gratitud una bolsa conteniendo cuatrocientas piastras, ó sean unos dos mil francos.

Las vicisitudes de su agitada vida no han borrado todavía en Pio IX el recuerdo de su salvador en aquella hora angustiosa; así es que, cuando su elevacion á la silla pontificia, envió á Bako una suma igual á la primera.



EL PILOTO BAKO SALVA LA EMBARCACION EN QUE IBA  
MONS. MASTAI FERRETTI.

Empero Bako habia hecho fortuna con el donativo recibido del abate libertado; el cielo le habia premiado tambien, haciendo prósperos en todos conceptos sus negocios y empresas: Bako distribuyó entre los pobres el nuevo donativo del Pontífice agradecido, y colocó la efigie de Su Santidad en una capilla que mandó construir sobre un picacho que domina el mar.

No es solo Pio IX el que debe gratitud al providencial Bako; la cristiandad entera hace con él una deuda de profundo reconocimiento. Su destreza y habilidad salvó para la Iglesia al hombre que de mas gloria la ha rodeado en la presente época.

Es probable que Bako haya fallecido ya, porque al entronizamiento de Pio IX era anciano; pues bien, acordémonos en nuestras oraciones de Bako, y si está ya en el cielo, interceda para con el Dios que suelta y encadena los vientos, que irrita y amansa las olas, á fin de que introduzca pronto en un nuevo Arica la nave de su Iglesia.

No pudiendo resolver nada definitivamente respecto á la situacion de la Iglesia en Chile, Mons. Muzi y el auditor Mastai Ferretti regresaron á Roma, donde le habia precedido ya la fama de su discrecion y eminentes cualidades.